

mienzo y los principios de una salvación intramundana del hombre, en medio de una Creación, preñada ya desde ahora del mundo futuro del Reino de Dios".

El libro se enriquece además con una serie de "excursus" donde de forma técnica expone el autor "los motivos que me han permitido —dice— tomar unas determinadas opciones concretas, tanto en la traducción como en la interpretación de ciertos pasajes".

Al final de todo transcribe una traducción nueva y completa de las Cartas paulinas que pretende —y consigue brillante-

mente— una inteligente literalidad, reflejando "la realidad del original con todas sus luces y todas sus sombras", pero eso sí, usando un lenguaje que tenga "modernidad, exactitud y claridad".

No es partidario González Ruiz de una sustitución a ultranza de palabras técnicas consagradas ya, como "gracia", "ley", "alianza" y otras muchas que están dentro de la tradición cristiana asumida por los creyentes cristianos con naturalidad. Sabe aliar modernidad y terminología consagrada por los años de vivencia cristiana.

En una palabra: por las pági-

nas intelectuales de San Pablo se aprecia siempre a un hombre de carne y hueso que palpita lleno de vida, y González Ruiz sabe transmitir estas vivencias muy acertadamente. Las ideas que el autor ha difundido ampliamente a través de los años reciben un fundamento claro en este libro sobre San Pablo basándose precisamente en su pensamiento.

El universalismo del Evangelio, sea de Pablo, o de los demás evangelistas, se encuentra como catalizador de todo lo humano, después de haber pasado por la crítica investigadora, pero no pretende ni deben pretender sus

seguidores sustituirlo en su flexible vitalidad por una "ideología" evangélica, porque "el Evangelio no es una alternativa política, social, económica ni siquiera moral a los valores de este signo construidos por la Humanidad". El Evangelio es un transfondo, un clima, para poder vivir positiva y críticamente las alternativas humanas que debemos decidir consciente y libremente los hombres en cuanto hombres. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Los sindicatos en España

Una de las misiones del túnel franquista fue la defensa de los intereses de los grupos sociales y económicos que le dieron origen. Fue un Régimen eminentemente clasista desde el principio al fin, e incluso nos podríamos atrever a decir que un poco más, ya que se han buscado las maneras de lograr que en el fondo perdurara. Congruente con su origen y su misión, el franquismo se convirtió en un sistema clasista que puso buen cuidado en que la clase derrotada durante la guerra no se levantara y, además, continuara como clase dominada. A tal fin se usó de dos procedimientos: la represión y el levantamiento de una estructura institucional con el fin de someter al movimiento obrero y, si era posible, también dominarlo. Los sindicatos obreros fueron perseguidos con saña, a la par que se hacían esfuerzos para el levantamiento de la Organización Sindical.

Sin embargo, todos los esfuerzos fueron inútiles, y el "verticalismo" ha sido una de las instituciones del fascismo español que se han venido abajo con mayor rapidez. La causa fue doble. Por un lado, lo falso de su fundamentación ideológica y de su estructura. Pero ha habido otras instituciones franquistas igual de irreales e irracionales que han resistido en pie más tiempo a la muerte del dictador, o que han intentado o logrado adaptarse a la nueva situación. El aparato sindical franquista, y aquí radica lo principal, fue minado por la lucha y organización de los movimientos obreros, que lograron superar todos sus inconvenientes y mantenerse no sólo vivos, sino hasta combativos.

Junto a los viejos movimientos sindicales, UGT y CNT, aparecieron otros, engendrados en la oposición a la dictadura y en la lucha de clases, como USO y Comisiones Obreras, y, ya en el

ADIÓS A LAS LETRAS

Iba yo a ver al "punk"

Iba yo a ver al punk Ramoncín y me hallé de bruces con Manuel Fraga Iribarne. No me hallé con Francisco Umbral, que últimamente se halla muy ocupado relejendo las Memorias francólogas de Pedro Sainz Rodríguez. Tampoco estaba con Fraga ese otro punk excelso del pensamiento que es el profesor Aranguren, secuestrado por la UCD por unas horas para hablar de la cosa intelectual y su peso específico en la sociedad acuosa en que vivimos.

Encontrarse a Fraga Iribarne en los actos culturales no es difícil en estos tiempos en los que el líder fraguista —Fraga, lo único importante, es su propio partido— prolifera por todas partes como si Madrid fuera un gigante Hyde Park en el que él hace gimnasia en calzoncillos, rodeado de Elorriagas y de otros jóvenes filósofos que le negaron tres veces cuando él era embajador —sin ascender todavía— y articulista del ABC.

La última vez que Fraga entró y salió de un sitio como una flecha y vestido de punk del futuro —chaqueta cruzada, chaleco, tirantes con la bandera española y ribetes de la británica— fue de la "bolte" Emmanuelle, de Madrid. El líder fraguista, como yo y como otros burgueses encorbatados, iba a ver al punk.

Pero se arrepintió. Siempre les pasa a estos hombres. Cuando están cerca del poder desdeñan la música. No soportan el desgarrar. Ramoncín es "too much" —demasiado, tradúcirlo Máximo—. Fraga no soporta al punk del mismo modo que Churchill desfundaba cada vez que los Beatles llegaban al ámbito del humo de su cigarro.

Garicano Gohí, que fue ministro de la Gobernación con Franco y que ahora conserva una sonrisa alarmada con la que va a los sitios excéntricos, aguantó un poco más. El va al arte por el arte, me dijo, al punk porque es punk y a la costa porque así puede bañarse, cuando se lo deja el Club Siglo XXI, a cuyas fotografías se halla abonado.

La izquierda bien organizada y selectiva no va a actos como el de Ramoncín, aunque se deje entrever, sobre todo para que los camaradas de "La Codorniz" no se enseñen. En la presentación de "La Codorniz" estaban las chaquetas punk de Fraga y Garicano. En la presentación de "La Calle", la nueva revista de César Alonso de los Ríos, estaban los zapatos italianos y el elegante "tweed" inglés de Jesús Aguirre, el nuevo duque de Alba.

Fue un detalle ducal aparecer entre tanto callejero de la política y de la vida, abandonando por un rato la música celestial del Ministerio de Cultura. Fraga no estaba, pero se le aludió. La calle ahora es de todos y no sólo suya, se dijo. Fraga, insiste el personal, tiene vocación de calleteriente.

Lo que él quiere en realidad es ser un punk. Pero eso tiene un precio y hay que estudiar mucho. Ya él se ha arremangado la camisa y se ha puesto a trabajar. ■ SILVESTRE CODAC (Foto: RAMON RODRIGUEZ.)



Fraga, con Pérez Llorca, en el Congreso, con ocasión de uno de los últimos plenos.

posfranquismo, aparecieron además otras organizaciones sindicales.

El conocimiento de los movimientos sindicales españoles durante el franquismo es algo que sobrepasa el interés puramente histórico. Resulta fundamental para todos aquellos que están ocupados o preocupados por darle una nueva orientación a la sociedad actual. Es también no sólo un testimonio del pasado, sino algo viviente en tanto que es una de las fuerzas que pugna con más eficacia por la creación de un sistema democrático, tarea que incorpora a la suya, clásica, de defensa de los intereses de las clases trabajadoras.

Si bien han proliferado muchos estudios y análisis de la guerra civil o del franquismo, se ha notado la carencia de un estudio serio sobre los movimientos sindicales españoles, sobre todo en una perspectiva de conjunto, ya que desde determinados ángulos, sí ha habido algunas aportaciones en los últimos años —Sartorius, Camacho, Gómez Casas, Arija, etc.—. Esta laguna resulta compensada en parte gracias a la publicación de *El sindicalismo de clase en España (1939-1977)* (1), estudio hecho a conciencia, con seriedad, y dotado de bastante objetividad. Otra de sus características es que resulta muy completo y actualizado, llegando casi al otoño de 1977. Indudablemente se perciben algunas insuficiencias: el protagonismo de grupos católicos en Comisiones Obreras, escasez de datos de la UGT en los años cuarenta, las actividades de la CNT en el exilio, polarización de USO en los últimos años, etc. Y, sobre todo, la no mención del sindicalismo católico: HOAC, JOC. De todas formas, lo único de cierta importancia en esta última carencia, lo que no menoscaba la notoriedad de este trabajo.

Hay que resaltar también el hecho de que *El sindicalismo de clase en España* es producto de la colaboración de un equipo, forma de trabajar nada usual en España, y menos a niveles académicos. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

El subdesarrollo andaluz

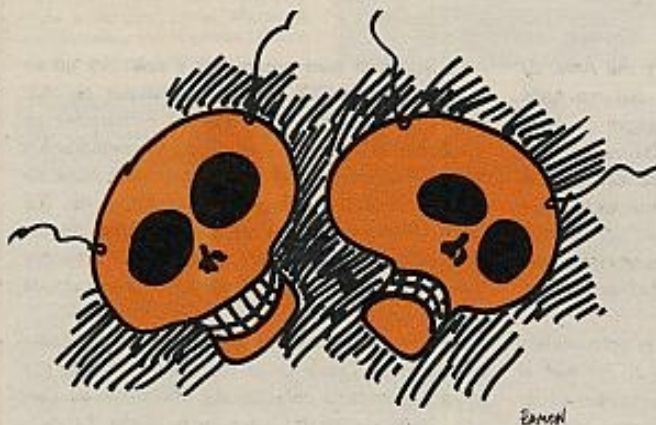
Insistir —e incidir— una vez más en que la problemática de

(1) F. Almendros Morcillo, E. Jiménez Asenjo, F. Pérez Amorós, E. Rojo Torrecilla: *El sindicalismo de clase en España*. Ediciones Península. Enero, 1978. 278 páginas.

CAU: Crítica de tecnología

"La técnica no es neutral, y no lo es en cuanto genera procesos de organización del trabajo, de potencia, etcétera, que son inherentes a su misma esencia. La misma esencia, pues, de la técnica, lleva la marca, la impronta de la sociedad que ha potenciado su desarrollo, comprometido desarrollo en función de intereses concretos". Fieles a esta idea los responsables de la revista "CAU" (publicación del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Barcelona) inician a partir del número 46, noviembre-diciembre 1977, ahora aparecido, una nueva serie dedicada a la crítica de la tecnología.

En este número colaboran, entre otros, Fernández-Gallano ("La elección tecnológica"), I. Paricio ("La revolución en la construcción"), A. Pestaña ("La tecnología en el modo de producción capitalista"), Vidal Villa ("Tecnología y sociedades en transición"), J. Sempere ("Nota bibliográfica sobre la revolución científico-técnica"), J. Alsu ("Sobre 'Ciencia, técnica y capital', de B. Coriat"), Joan Senent ("La taylorización en la investigación científica"), Gaviria (Entrevista con Lefébvre), Domenech ("Crisis del capital y disyuntiva civilizatoria"). La portada y un excelente "comic" son de "El Cubri". ■



Enxan

Andalucía, que en sus manifestaciones extremas, a nivel de consecuencias reales, se ofrece para quien quiera verla en forma de hambre, paro y analfabetismo; decir, otra vez, que Andalucía puede convertirse en el foco de importantísimos y peligrosos quebraderos de cabeza para aquellos que tienen a su cargo la dirección o el gobierno de los asuntos del Estado español, es realmente una obligación ineludible sobre todo para quien, como es el caso de Isidoro Moreno, además de ser andaluz de nacimiento, vive y conoce los problemas del País Andaluz a través de una clara vocación política y universitaria.

"Andalucía: subdesarrollo, clases sociales y regionalismo" (1) es, en este sentido, una aportación que divulga y clarifica una serie de aspectos históricos de la realidad andaluza y que expresa una resuelta toma de posición por parte del autor en cuanto a la imprescindible autonomía que ha de servir, si no como panacea de todos los

males, sí como posibilidad de que las fuerzas vivas y populares de Andalucía asuman el protagonismo direccional que en estricta justicia les corresponde.

Isidoro Moreno —antropólogo social, doctor en Filosofía y Letras y profesor adjunto de la Universidad de Sevilla— analiza, a lo largo de casi cien páginas, el progresivo empobrecimiento de Andalucía, que pasa de ser un país relativamente rico, con una economía de mercado lejos de las estructuras feudales, y todo ello como consecuencia del descubrimiento y colonización de América, proceso en el que van a ocupar un lugar trascendental primero Sevilla y luego Cádiz como puertos monopolizadores del comercio con el Nuevo Continente; pasa, declamamos, de ser un país relativamente próspero a convertirse en una zona subdesarrollada al mismo tiempo que se inicia el desarrollo del capitalismo como modo de producción dominante en España.

Para Isidoro Moreno, "es sólo a partir de entonces cuando

se condensa al subdesarrollo a determinadas regiones, incluso relativamente ricas, como Andalucía, para que se desarrollen otras. Y esto se hace de una forma planificada y consciente por parte de la oligarquía para obtener mayores beneficios".

"Las razones del subdesarrollo andaluz —señala Moreno con acierto— no están en el pretendido, y falso, predominio de estructuras semif feudales, en la escasa capitalización, que es en todo caso una consecuencia y no una causa del subdesarrollo, o en la falta de significación o de "espíritu capitalista" de la burguesía de la región: Andalucía comenzó a sumergirse en el subdesarrollo porque ello favorecía los intereses de clase de la burguesía de todo el Estado y, en primer término, de la propia gran burguesía terrateniente andaluza".

En definitiva, cabría señalar como principal responsable del actual estado de cosas a una burguesía que "si ha estado perfectamente integrada dentro del sistema capitalista del Estado español, aun cuando, y precisamente como resultado de esa integración, le haya tocado, en el reparto de papeles, el de mantener, reproducir y garantizar la existencia de una fuerza de trabajo barata y exportable". Por último, Isidoro Moreno se refiere a la autonomía y al autogobierno como únicas salidas posibles, aun dejando bien claro que el subdesarrollo está producido y es inseparable de la existencia misma del sistema capitalista en España. ■ FRANCISCO LOPEZ BARRIOS.

CINE

"Las truchas"

Con una inevitable referencia a "El ángel exterminador", de Buñuel, y con un recuerdo de "Plácido", de Berlinga, José Luis García Sánchez (autor anteriormente de "El love feroz" y "Colorín colorado") ha construido una parábola tragicómica en la que un grupo de hombres, autoerigidos en únicos miembros de una sociedad dedicada al autobombo, se reúnen para celebrar su propio talento, su propia importancia... Esa reunión, que acabará probablemente como todas, tiene, sin embargo, un trasfondo mucho menos brillante del que ellos pretenden: las truchas que deben consumirse en la comida,

(1) Manifiesto editorial.